

CRÍTICA DE ARTE

Tecnología y ritual en la obra de Rebecca Horn

La importante exposición que el CGAC dedica a la artista Rebeca Horn permite atisbar los rasgos esenciales de una producción plástica extendida a lo largo de casi cuatro décadas que han tenido un papel decisivo en el Arte de la segunda mitad del siglo XX.

Inquieta adentrarse en una obra desprendida del hontanar de la imaginación, donde para alcanzar la salvación o curación de una caída psicológica es útil el uso de pequeños artilugios.

La obra 'Comedores de arte', que nos recuerda a Pollock, es la revancha de los autómatas; son mecanismos accionados por un movimiento que en cortos intervalos retira la tinta del lienzo. El espacio de esta obra lo percibimos como dramático y cercano al automatismo literario surrealista.

Desde los inicios de los años 70, la idea de la percepción y las sensaciones corpóreas se incorporan a un trabajo que maneja indistintamente la performance, la instalación, el vídeo o el cine. La artista indaga en su personalidad convirtiendo su cuerpo y el espacio que habita en una presencia obsesiva recogida a través de estas nuevas tecnologías. Son herramientas con las que ha construido su vocabulario artístico.

Por aquel entonces, el tema de la diferenciación entre interior y exterior del cuerpo le lleva a realizar trabajos como 'La trompa'. La artista se coloca una máscara sobre la boca y nariz, que se va deslizando por el suelo a la manera de la de un elefante. Esta ramificación, que parte de su ser, le permite volver a contactar con el mundo tras una larga convalecencia donde su interior rivaliza con el deseo de aislamiento que genera infelici-



**Por Fátima
Otero
Bouza**

dad. Rebecca Horn pretende encontrarse y lo hace a través del Arte.

Situaciones absurdas son recogidas en vídeo. No se ponen cortapisas si a través de ellas se consigue la salvación o liberación de energías. Una acción de contenido casi onírico ('Unicornio', 1970) permite pasar a una figura haciendo alarde de malabarista para no perder este ápice externo. La imagen entronca con los ritmos iniciáticos donde seres caminan como encantados o sonámbulos. Varios elementos se repiten en sus obras: las máscaras, llenas de connotaciones protectoras; las alas o plumajes, simbolizadoras de la potencia sobrehumana y convirtiéndose al que las lleva en una criatura mítica; el espejo, superficie fantasma que convierte al sujeto en apariencia, en memoria del cuerpo pero sin consistencia, es decir, en mera ilusión. O los cables eléctricos como transmisores de energía y pasión entre el choque de unas piezas con otras.

En películas como 'El bailarín' (1978) el espacio es el protagonista, es el escenario idóneo para la fantasía, donde los objetos cobran vida anímica como la mesa que baila al ritmo musical y donde caben nuevas formas de existir y morir. Un columpio incita a emprender el vuelo a la persona que se siente en él, con un lamentable destino trágico. Pero, por fortuna, la vida continúa.

Las imágenes cargadas de movimiento que presenta Horn buscan romper los límites arte-vida buscando la reflexión del espectador y su inserción en un arte que deja de ser plástico para convertirse en representativo, cercano a la danza o a la producción teatral u operística.